



Buenos Aires, octubre de 2019

### Circular Nº 598

*Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.*

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Claudio González.

\*\*\*

***“Pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho un becerro de fundición, y lo han adorado, y le han ofrecido sacrificios, y han dicho: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto.”***

**(Éxodo 32: 8)**

Es importante saber adónde vamos. Y también es muy importante saber de dónde venimos. Entre un punto y el otro es donde nos encontramos nosotros en nuestra vida. El punto de partida fue la gracia donde el Señor nos eligió. La meta es el retorno de Cristo, es lo que estamos esperando.

Dios había dado los mandamientos al pueblo. Cuando el pueblo israelita cruza el Mar Rojo, agradece y alaba a Dios. Cantan y bailan con alegría porque Dios los había elegido como pueblo, porque los había quitado del poder de los egipcios y porque les había abierto el Mar Rojo. Noventa días después Moisés tiene que subir a hablar con Dios. En Éxodo 19: 5 dice: *“Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra.”*

*“Si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto...”*: esta es la condición. Es decir, si guardas mis mandamientos y oyes mi palabra. Dios les estaba diciendo: “Te elegí como pueblo, vas a ser mi especial tesoro. Pero tenés que obrar de una manera, tenés que demostrar que sos mi hijo”.

Entonces, lo llama a Moisés: “Quiero hablar contigo, necesito prepararte para lo que va a venir”. En Éxodo 20: 2, dice:

*“Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre”.*

Se presentó de esa manera, pero no porque no lo conocieran, sino como diciendo “esto es así”. Continúa:

*“No tendrás dioses ajenos delante de mí.”*

Esta es una condición esencial para acercarse a Dios. Este pueblo había sido rescatado de Egipto y allí se adoraba a muchas imágenes. Ellos vivían bajo esa influencia, estaban condicionados por la sociedad de ese entonces. Y aunque habían nacido todos en Egipto, se consideraban hebreos. Querían mantener su cultura. Los patriarcas habían fundado muy bien todo esto. Abraham se había manejado en una religión monoteísta, amando profundamente a Dios, cuando todos a su alrededor adoraban a muchos dioses. Por haber permanecido fiel dentro de esa sociedad, llegó a ser llamado amigo de Dios. Esto dio fundamento al pueblo. Luego su hijo y su nieto Jacob también lo pudieron fundamentar.

Este capítulo 20 habla de cuando Dios les da los mandamientos:

*“Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza ... No te inclinarás a ellas... No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano...”* (vers. 2-7).

Les da todas las indicaciones y les dice que van a ser su especial tesoro si esto lo pueden vivir.



Moisés sube, va con Josué a recibir las tablas de la ley, y le dice a Aarón, que era sacerdote, que se quede y cualquier necesidad del pueblo la pueda abastecer y cubrir. Josué lo acompaña pero el que sube es Moisés. Josué queda debajo de la montaña esperando, en el tabernáculo. Llegó el momento en que el pueblo vio que Moisés tardaba en descender. Habían cantado y festejado, pero a veces nos olvidamos del punto de partida, de ese “si en mí no fuera tu gracia”.

*“Viendo el pueblo que Moisés tardaba en descender del monte, se acercaron entonces a Aarón”. Al sacerdote elegido por Dios. Él debía proteger a Dios y no dejar que la idolatría surgiera. Pero cuando le van a consultar, no sabe decir que no. Es un error que comete; luego Dios lo perdona, lo confirma en el sacerdocio, pero fue un error que el pueblo pagó muy caro. En cuarenta días se olvidaron:*

*“Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido”.*

El ser humano necesita en quien creer. Como no estaba Moisés, Aarón estaba solo y a veces la soledad del desierto nos hace tomar decisiones que no son las correctas. El desierto es cuando nos sentimos solos, incomprendidos y cuando creemos que las cosas no se dan como nosotros las pensamos. Somos probados y somos tentados. Ese es el desierto. Cuando creemos que si hacemos las cosas de tal o cual manera, Dios las va a ver bien. O que no las va a ver.

Dios estaba con Moisés hablándole, preparándolo, explicándole cómo tenía que ser todo, las leyes, cómo tenía que vivir. Estaba dedicando cuarenta días a formar a un guía del pueblo. ¿Cuánto tiempo Dios nos ha dedicado a nosotros? Moisés lo disfrutaba, estaba conmovido por la presencia de Dios. Y Dios, que les había dicho los mandamientos, hablando a todo el pueblo, ahora se los daba por escrito. Escribió Él en las tablas de la ley lo que ya les había dicho, dejándolo registrado. Moisés estaba recibiendo eso. El legado de lo que Dios ya había dicho, para que no quedaran dudas y no que Moisés escribiera lo que él había entendido, quien lo escribe es el Señor.

Para estos hombres, esos cuarenta días fueron mucho. Se olvidaron. Y me llama la atención no solamente el olvido sino que se levantaron temprano para festejar y tener todo preparado. Ese festejo lo consideraban algo espiritual pero los estaba alejando de Dios. NO era lo correcto. Como ese texto que nos dice: *“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos”* (Is. 55:8).

Un versículo antes del texto que tenemos para hoy, dice:

*“Entonces Jehová dijo a Moisés: Anda, descende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido”.*

Y nuestro texto:

*“Pronto se han apartado del camino...”*. Para ellos era mucho tiempo, para Dios era demasiado rápido. Nos damos cuenta de la distancia entre el pensamiento del ser humano y lo que Dios creía. ¿Qué es lo que sucedió? Cuando uno vive la idolatría, ignora la voluntad de Dios. La ignorancia no es un pecado, porque no podemos saber todo. Yo no puedo saber todo, pero sí puedo conocer la voluntad de Dios. Para conocerla y saber lo que Dios espera de mí, tengo que venir a la Iglesia. Porque vengo ante la palabra, al conocimiento de la verdad. El Evangelio, el Espíritu me lo abre. Me abre el libro de la vida de Dios. Y Él me dice: quiero que te quedes conmigo, no te muevas de acá, coloca tu mirada en mí. Pedime, que soy tu Padre, que te elegí; toda la tierra es mía.



En el desierto, Jesús fue tentado. Lo llevaron a la montaña más alta. “Todos estos tesoros son para vos”, le fue dicho. Pero el que dijo “toda la tierra es mía”, es Dios. Esto lo puedo granjear con obediencia y con fieldad, si me mantengo firme a Dios. Sabiendo que la meta es mi Padre celestial, me puedo quedar tranquilo. Pero tengo que quitar la ignorancia con el conocimiento de Dios. Y para conocer a Dios tengo que orar, tengo que ofrendarle mi corazón. Tengo que conocerlo y amarlo. Cuanto más lo conozco, más lo voy a amar. Cuanto más ame a Dios, automáticamente los dioses ajenos no van a estar.

La conducta la va a definir el mal, cuando hay un dios ajeno. Fíjense la conducta de estos hombres. No recordaron por un instante el consejo de amor pleno que les había dado Dios. De niños, los padres nos van diciendo “no hagas esto”, “no hagas lo otro”. A veces no obedecíamos. ¿Y cómo nos iba? Tal vez un poco bien el primer día, no decíamos nada... pero después era el fracaso por reconocer que habíamos obrado mal. Era llorar y lamentarlo. Porque no habíamos obrado como nos habían dicho. Y no nos cercenaban nuestra libre voluntad; al contrario, era ese espacio del consejo: no hagas esto porque no está bien.

Estos hombres que buscan la idolatría no son orientados por el Espíritu Santo. Y cuando yo no sé adónde voy, ¿qué define mi vida? ¿Hacia dónde estamos yendo? A veces tomamos alguna decisión que creemos que nos va a llevar a un determinado lugar y después nos damos cuenta de que ese no era el camino. Pero cuando conocemos el camino y el lugar al que queremos ir, si en el medio hay un inconveniente, frenamos y regresamos, porque queremos llegar a ese lugar. Ese es el espacio del arrepentimiento que Dios nos da. Cuando nos damos cuenta de que fuimos y ahí no estaba Dios, volvemos y decimos: “Padre, perdóname. Esto que dije o hice no está bien”. Tenemos que volver a Dios y quedarnos con Él.

Aarón estaba solo. No tenía a Moisés al lado. Nosotros no siempre tenemos al lado al Apóstol o al Pastor. Pero a Dios sí lo tenemos siempre. A Jesús también. Y cuando obramos como Él lo haría, nuestras decisiones nos van a orientar siempre hacia el retorno de Cristo, hacia el perdón, hacia la admiración, hacia el ruego profundo, la oración, hacia el servicio a Dios.

¿Cuál es el becerro de oro hoy? Si nos ponen ahora delante un becerro de oro seguramente no lo vamos a adorar. Quizás lo tocamos, imaginamos cuánto oro habrá allí, pero ya no lo adoramos. ¿Dónde está entonces? Hoy se adoran y uno se inclina ante las ideas que tenemos, ante la personalidad, ante el prestigio, la fama. ¿Queremos ser famosos o importantes? Somos importantes para Dios, porque somos sus hijos. Somos su especial tesoro y los que somos padres podemos reconocerlo así. Los hijos son un tesoro especial. Y cuando obran en el sentir de Dios, mucho más todavía. Hoy hacemos de nosotros un ídolo. Cuánto se lucha por las ideas, cuánto discutimos por una idea que tenemos, no le permitimos al otro que nos diga otra cosa, y luchamos. Porque decimos “para mí es así”. Solamente porque lo vemos nosotros así. Pero esto que veo yo, ¿lo ve Dios igual? Si tengo que esperar cuarenta días para que me respondan por algo, ¿me desespero? ¿Es mucho el tiempo? ¿No puedo esperar confiadamente en Dios, en que Él va a hacer todas las cosas bien?

Mientras Dios hablaba con Moisés, el pueblo estaba haciendo el becerro de oro. Dios estaba en la cima de la montaña, podríamos decir, y el pueblo abajo. Moisés no los veía porque las nubes tapaban todo, pero Dios los veía y los escuchaba. Leemos en Apocalipsis que el Señor dice: “Yo conozco tus obras”; no nos olvidemos que Dios ve y escucha todo.



*“Pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho un becerro de fundición...”*

No lo sabía Moisés. Dios sí.

*“...y lo han adorado, y le han ofrecido sacrificios, y han dicho: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto.”*

Los hombres le habían ido a decir a Aarón:

*“Haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido”. (Ex 32:1)*

Y luego dijeron: *“estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto.”*

Volviendo entonces al capítulo 20:

*“Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto” (Ex 20:1)*

Dios ya se los había dicho. Nunca dudes de lo que Dios te haya dicho, cuando otro te diga algo. ¡No dudemos nunca de lo que el Señor nos dice! El Señor es el que te libera. El que te perdona, el que te concede la gracia y el perdón. Él bendice tu ofrenda, tu servir en la Iglesia. Bendice tu oración. Y podemos tener comunión con Cristo en la Santa Cena. ¡Quedémonos con Dios!

\* \* \*